

El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo

Robert Castel

Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2010, 342 páginas.

Darío Dawyd

El último libro de Robert Castel reúne artículos en revistas y libros, además de una conferencia, escritos entre 1995 y 2008, atravesados por una temática común que da título a la recopilación. Castel se hace eco de los trabajos que describen un pasaje del capitalismo industrial a un nuevo régimen capitalista aún no definido (que en ciertos momentos llama postindustrial) para analizar temas que abordó con anterioridad: la sociedad salarial, las protecciones sociales, las transformaciones del trabajo, el empleo, la política. Así, inscribe su investigación recuperando críticamente los análisis acerca de una gran transformación (Polanyi), la sociedad del riesgo (Beck), las postdisciplinarias (Foucault), la sociedad de los individuos (Elias). En el interior de este marco común de referencia focaliza sus indagaciones, centradas en Francia, sobre el trabajo, las protecciones sociales, el individuo.

Castel comienza centrando su análisis en la sociedad salarial, en la que cada uno podía mayormente planear su destino bajo la creencia común de que mañana estaría mejor que hoy (o al menos sus hijos podrían estarlo); las demandas de hoy podrían diferirse a mañana, pero bajo la certeza de que lograrían satisfacerse. A partir de la década de 1970 comenzaron a producirse cambios que transformaron esta «condición salarial» en la que cada uno estaba protegido colectivamente. La transformación conllevó una creciente (y actual) «descolectivización» o «reindividualización», contemporánea también, por

otro lado, del individuo protegido por la sociedad salarial. Emergieron así las figuras del individuo «por exceso» y «por defecto», que son analizadas a lo largo de los capítulos que recorren la obra. Las desregulaciones de lo colectivo, que permitieron la emergencia de estos nuevos tipos ideales, conllevaron al crecimiento de las incertidumbres; aquellas desregulaciones fueron producto de las críticas liberales al Estado social, que era el garante de la condición salarial y que pasó a ser objeto de las críticas a los límites expansivos de su intervención, a la creciente burocratización y al otorgamiento de derechos sin contraprestaciones.

El libro está dividido en tres partes, cada una de las cuales incluye los artículos reescritos y actualizados. En la primera de ellas Castel analiza «las desregulaciones del trabajo». Con esta denominación engloba los cambios que se produjeron desde la situación pauperizada de los proletarios modernos a la sanción de una serie de derechos relacionados con el trabajo que se convirtieron a la postre en la garantía de la libertad de los obreros. Estos, protegidos colectivamente a través de su participación salarial, consiguieron gozar paulatinamente de la propiedad, antes sólo reservada a los burgueses. Tras aquél proceso, que en la Europa occidental ocupó los siglos XIX y XX, varios analistas predijeron, a partir de los cambios que se sucedieron desde la década de 1970 (la crisis del Estado social), el fin del trabajo (según la célebre

fórmula de Rifkin) o de la centralidad de la que había gozado en la modernidad. Castel no comparte esta visión sino que critica aquellos augurios «apocalípticos», tanto al afirmar que la centralidad de la sociedad salarial no murió, como al afirmar que la misma debería reorganizarse para recomponer y fortalecer la dupla «trabajo-protecciones». A pesar de no compartir la visión del fin del trabajo, Castel no deja de notar la vulnerabilidad creciente de los jóvenes frente al empleo y la creciente precarización; esta última, además de afectar mayormente a los jóvenes, hace lo propio con los inmigrantes, a partir de cuya vinculación con el mundo del trabajo llama a repensar la «cuestión étnica» y todas las cuestiones que recargan a la cuestión social de nuevas connotaciones.

En la segunda parte retoma estas reflexiones acerca de la precarización, vistas desde la perspectiva de la «reconfiguración de las protecciones». Las protecciones fueron las que dieron forma al Estado social, los derechos del trabajo, los servicios públicos garantizados por el Estado, la ayuda social (sin exigencias de contraprestaciones) y todas aquellas ayudas en las que el discurso liberal de achicamiento del Estado hizo foco. En relación con la reconfiguración de aquellas se fueron marcando los más contemporáneos caminos de las «desafiliaciones», que ocupan la tercera parte del libro. El autor introduce este concepto para hablar de una «zona gris» compuesta por los vulnerables, los hiperexplotados, los marginales, y para señalar dos procesos aparentemente aislados como la derrota de la clase obrera (cada vez más fragmentada y alejada de una unidad que ciertamente nunca tuvo) y el tratamiento de las minorías étnicas en Francia. Estos procesos se relacionan con la creciente reindividualización, concepto en el que el au-

tor inscribe la fragmentación de los colectivos sociales, que hasta la crisis del Estado Social aseguraron una participación del trabajador en el debate por sus derechos.

El libro cierra con unas conclusiones dedicadas a analizar el proceso de individualización y su relación con el mundo del trabajo. Al hacerlo, el autor retoma los elementos compilados en el libro pero desde la perspectiva específica de una genealogía del individuo moderno. Como la metamorfosis del trabajo, la precarización, las fragmentaciones de los colectivos y los lazos sociales, están vinculadas a una nueva individualización (marcada por la carencia creciente de recursos), traza sobre el final de la obra una genealogía de la construcción del individuo moderno. Lo hace para realizar una historia del presente marcada por el ascenso de las incertidumbres (antes que la pérdida de centralidad del trabajo), es decir, de aquellas seguridades que a través de apelaciones colectivas habían posibilitado la planificación del futuro de cada uno, la creencia cierta de que mañana sería mejor que hoy. En este apartado (tras vincular al individuo moderno con la propiedad privada del burgués, luego ampliada a través de la propiedad social de los trabajadores) es donde retoma su concepto de «individuo negativo» (propuesto al final de *La metamorfosis de la cuestión social*) para reformularlo en el de «individuo por defecto», con el que pretende designar aquellas situaciones actuales de descomposición de las protecciones de la sociedad salarial, pero también de importantes instituciones sociales como la familia, los partidos políticos, la Iglesia, frente a cuya desintegración no tiene recursos con los que aferrarse a su libertad individual. Frente a él, su contraparte como tipo ideal es el «individuo por exceso», no encuadrado en regulaciones colectivas ni con aspira-

ciones generales, sino por el exceso de subjetividad que lo lleva a separarse de los afectos sociales.

A lo largo de esta importante recopilación de trabajos, el sociólogo francés ofrece, después de *La metamorfosis de la cuestión social*, tanto una reafirmación de la centralidad del mundo del trabajo como una reactualización de su análisis. Incluye la importancia de analizar la precariza-

ción del trabajo, la caída de todas las protecciones de la sociedad laboral y el ascenso de las incertidumbres. En el marco del crecimiento de éstas, Castel no cierra su obra con un llamado a la desesperación, porque como asegura repetidamente, el proceso que analiza no deja de estar abierto también a una búsqueda de la recomposición de las protecciones sociales.